

Yassin Al-Haj Saleh

Samira de Siria. Diario del asedio a Duma 1013

(Página Abierta, 248, enero-febrero de 2017).

Del prólogo para la edición española del libro *Diario del asedio a Duma 1013*, de Samira Khalil (*). Publicado por Ediciones del Oriente y del Mediterráneo y traducido del árabe por Naomi Ramírez Díaz.

En los primeros años de mi estancia en prisión en los ochenta y noventa del siglo pasado, leí la novela *Furia* de José Luis de Vilallonga, sobre la detención y asesinato del gran poeta español Federico García Lorca a manos de los fascistas. Lorca era un nombre que brillaba entre aquellos que en mi mente simbolizaban la cultura y la revolución, y con la que se identificaba el joven comunista que era antes de mi detención en 1980. Lorca y otros, como Pablo Neruda, en la lectura de cuyas memorias me sumergí a principios del verano de 1980, cuando se suponía que debía centrarme en los exámenes de tercero, destacaban en medio de un legado del que quería empaparme y formar parte [...].

Con catorce años, estaba cursando secundaria en Raqqa, donde vivía durante el curso con mis dos hermanos mayores. Raqqa, mi ciudad ignominiosa, que se haría famosa cuarenta años después por ser la capital de Daesh. ¡Maravilloso! Quizá a quien no la conoce le parezca que una ciudad devota estaba abocada a un destino como éste, pero Raqqa no era religiosa en absoluto. No es que sus habitantes no tuvieran fe, sino que estaban más cerca del otro extremo, el negativo, en la escala de la religiosidad en Siria. No son la religión, su historia ni sus cambios lo que explica el hecho de que la desafortunada ciudad cayera bajo el dominio de un ente absolutamente irracional llamado Daesh, sino la política, su historia y sus cambios. Esto es así en Siria, Iraq y, antes, en Afganistán.

Me hice comunista en mi primer año en la universidad de Alepo: un comunista opositor a un régimen que mantenía una buena relación con la URSS y que tenía un partido comunista en su redil político (que se dividió en dos partidos hace unos treinta años, y que aún siguen operativos). Mi partido se oponía a la URSS e interactuaba con «el comunismo europeo», con nombres de la talla de Santiago Carrillo o Enrico Berlinguer. Tres años después me detuvieron, cuando aún no había cumplido los veinte años. No pensaba que pasaría dieciséis en prisión, seis de ellos tras la disolución de la propia URSS.

La ciudad ya no era un espacio de aprendizaje y de interés por los asuntos públicos, sino que se había convertido en un espacio de censura y miedo, presa de la rutina. Solo el cielo permanecía abierto sobre nosotros.

Casi de mi misma edad, había una joven de un pueblo de Homs, llamada Samira, que estudiaba en una de las escuelas de la ciudad. Su padre era policía y agricultor, y su madre, que había tenido cuatro hijas y cuatro hijos, ama de casa. Mi padre era agricultor, después obrero y, finalmente, pasó a ejercer de pequeño comerciante; mi madre, que tuvo solo una hija y ocho hijos, también era ama de casa.

Algunos años más tarde que yo, aquella joven entró en contacto con un entorno comunista de diferente estructura e historia, que también se oponía al régimen. Aspiraba a otro mundo, a una situación más digna, y el comunismo era entonces una forma de poner nombre a un mundo diferente.

La joven fue detenida con veintiséis años y estuvo cuatro en prisión.

Nueve años después de su salida, y cuatro de la de él, se encontraron en Damasco. Ella quería independizarse de una familia en la que el padre tenía la última palabra. Él quería comenzar de nuevo a los cuarenta, tras completar los estudios de medicina, profesión que no quería ejercer. Dos años después se casaron: una mujer y un hombre de algo más de cuarenta años de edad.

Ella trabajaba en la composición y edición de libros, trabajo que apenas le daba 100 dólares al mes. Él traducía del inglés e intentaba convertirse en escritor, ganando apenas 200 o 300 dólares al mes.

Vivían de alquiler en los suburbios al oeste de la capital, Damasco, y se iban

apañando. Tenían amigos, de una nueva generación, y también de la suya, opositores al régimen.

Como es habitual en la historia de la izquierda comunista, los dos partidos en los que militaban ella y él estaban enfrentados, y su relación era de absoluta rivalidad. Pero el presente común de Samira y su compañero no exigió que ninguno de ellos se desligara de su historia personal, ni de sus amigos ni de sus compañeros que formaban parte de su memoria. Procedentes de trayectorias rivales, un presente común y un sueño compartido los unieron.

Samira hizo de la casa alquilada en la zona occidental de Damasco un hogar, algo que habría sido imposible si lo hubiera dejado en manos del hombre que parecía dispuesto a vivir toda la vida en una residencia similar a la de los universitarios.

Cuando cumplieron los cincuenta, ella y él albergaban la esperanza de tener una casa propia.

No pudo ser.

Comenzó la revolución.

Dejaron la casa, primero él y luego ella, y a principios de 2013 se llevaron sus cosas y las almacenaron en el sótano de una casa cercana: los libros, en cajas de cartón, y los muebles que merecían la pena fueron repartidos entre los amigos [...].

Lo que convierte a Siria en una tragedia mundial es que los sirios no se enfrentan a un único enemigo.

Además de la mafia del autoritarismo asadiano, que se comporta como dueña del país desde que el déspota Hafez dejase como heredero a su hijo Bashar en el año 2000 (el hecho de que la república se convirtiera en una monarquía hereditaria es algo que ninguna organización de izquierdas del mundo ha comentado, hasta donde yo sé), los sirios se enfrentan a otro enemigo, que son las organizaciones nihilistas islamistas que han nacido de la falta de horizonte de desarrollo que han padecido nuestras sociedades en los países árabes durante las últimas tres o cuatro décadas. Una situación reforzada por el papel jugado por el tercer enemigo, el extremadamente radical sistema de dominio estadounidense en la zona y apoyo clave de Israel. Las tres fuerzas del salvajismo están intrínsecamente ligadas, y no se entiende ninguna de ellas al margen de las otras.

Siria es el país en el que ha recaído el mayor peso de la connivencia de los tres monstruos u ogros: el despotismo asesino asadiano –que mató a decenas de miles de sirios a principios de los ochenta–, las formaciones nihilistas salvajes, como Daesh, Al-Qaeda y el Ejército del Islam –la formación que secuestró a Samira, Razan, Wael y Nazem–, y la «administración de la crisis siria» por parte de EE.UU., para que Asad se quedara, provocando la destrucción del país y facilitando (a través de la retórica de la guerra elitista contra el terrorismo) que el país cayera bajo la ocupación rusa e iraní.

Del mismo modo, ha facilitado el ascenso internacional de la derecha nacionalista securitaria, el retorno de la política de fronteras y la inclusión de temas como la inmigración, la concesión de asilo y el terrorismo, de forma prioritaria en las agendas de las élites políticas de los países occidentales.

Escribo estas líneas el día en que se anuncia la victoria de Donald Trump en las elecciones estadounidenses. Está claro que el mundo es una parte de Siria. Este triángulo de enemigos es una trágica condición. El régimen mundial actual ha impedido el cambio sirio, y que se produzca un cambio en el mundo parece extremadamente complicado. Siria está siendo destruida porque el mundo no cambia. Esta trágica condición general revierte en una condición trágica personal, que vivo desde el secuestro de Samira. Mi mujer fue secuestrada en un contexto en cuya creación participé personalmente, sin atender a sus peligros, como debía haberlo hecho, lo que me convierte en culpable de lo sucedido.

Es algo insoportable, peor que la cárcel.

Trato de enfrentarme a la realidad articulando el simbolismo de Samira y sus compañeros y el simbolismo de su causa, en medio de la articulación de la propia causa siria.

Y la cultura es el escenario principal de acción.

Al enfrentarse a un único enemigo, tal vez la guerra sea el medio para ganar la lucha. Cuando se trata de dos, quizá sea la política el medio más adecuado. Siendo tres los enemigos, la cultura es el camino, desde mi punto de vista. Se trata de un espacio para la humanización y creación de significados en la que los asadianos y sus señores no pueden competir con nosotros, como no pueden los nihilistas islamistas, ni los estadounidenses y sus acólitos.

Hoy estoy convencido de que solo el trabajo en pro de una revolución cultural puede honrar a Samira, Razan, Wael y Nazem, a mi hermano Firas, secuestrado por Daesh, y a mis amigos Faeq y Yihad, secuestrados y retenidos por los asadianos.

Hoy se hacen necesarias varias revoluciones en la creación de significados, en nuestro contexto local y en todo el mundo, destinadas a elevar la causa de la vida de las personas, todas las personas, y su protección. El sistema de significados «moderno», que nos ve como primitivos, el sistema de significados islamista, que nos ve como infieles, y el régimen asadiano, que nos ve como terroristas, han dejado nuestra vida vacía de significado, facilitando que se asesine a decenas, a cientos de miles de nosotros. Eso es a lo que nos enfrentamos y contra lo que nos rebelamos hoy. Esa es la esencia de la causa siria.

Y ese es el significado de Samira.

(*) En 2014, Samira Khalil, activista siria, recibió el premio Petra Kelli de la fundación Heinrich Böll por su lucha contra las violaciones de los derechos de los ciudadanos por parte del régimen sirio o de las facciones armadas. En 2012, a Yassin Al Haj Saleh, intelectual y opositor sirio, le concedieron el premio Príncipe Claus del Ministerio de Asuntos Exteriores de Holanda por el impacto de sus escritos sobre la cuestión siria.